

# La resignificación de las transiciones energéticas: Algunas perspectivas latinoamericanas

Este artículo resume y sintetiza un diálogo sobre la necesidad de resignificar las propuestas dominantes para una transición energética.<sup>1</sup> Estas iniciativas, coincidieron los participantes, sólo están profundizando los problemas ambientales y los conflictos sociales en los territorios de América Latina. En el debate, organizado en septiembre de 2022 por el Instituto de Estudios Ecologistas del Tercer Mundo y otros grupos y redes, participaron Verónica Villa de México, Tatiana Roa Avendaño de Colombia, Gabriela Cabaña de Chile, Cecilia Chérrez de Ecuador, Larry Lohmann del Reino Unido y otros.

Durante la conversación se llegó a un consenso sobre al menos tres puntos principales.

En primer lugar, las principales iniciativas de transición energética tienden a perpetuar el colonialismo inherente a la era fugaz de los combustibles fósiles, en lugar de abordar las contradicciones fundamentales de la energía. Por ejemplo, podemos observar en dos estrategias principales en las iniciativas de transición predominantes. La primera implica dedicar enormes recursos al mero intento de cambiar las fuentes de energía, sustituyéndolas por otras supuestas “renovables” como el hidrógeno verde o la energía eólica. La segunda estrategia consiste en intentar mejorar la “eficiencia” de la producción y el consumo mediante tecnologías digitales. Adoptar estos enfoques sin cuestionarlos, como si pudieran resolver las crisis energéticas, es tan incapacitante y destructivo para la vida, la soberanía, la abundancia y la comunidad como las prácticas de la era de los combustibles fósiles.

En segundo lugar, una transición energética efectiva debe reconceptualizar la energía. Esta transformación debe implicar cambios culturales y políticos más profundos, que valoren adecuadamente los ciclos permanentes de calor, la luz del sol, así como los movimientos resultantes del aire, el agua y la biomasa. En lugar de concebir la energía como un conjunto efímero de pozos petrolíferos y oleoductos, líneas de transmisión y cables submarinos, minas de carbón y gigantescos parques solares y eólicos, debemos volver a verla como un patrón perdurable que incluye, los arroyos que fluyen, los flujos de nutrientes del suelo a los alimentos de nuestras comunidades y las acciones de nuestros propios cuerpos. Al hacerlo, podemos entender la energía como algo que está intrínsecamente conectado a nuestras vidas y a la reproducción de la misma.

En tercer lugar, dado que los perjuicios del actual sistema energético se dejan sentir en toda la sociedad y que una transición energética no debe ser considerada simplemente como un asunto técnico de cambiar de una fuente de energía a otra o de hacer más “eficiente” el consumo. El proceso de resignificación de la transición debe involucrar a una amplia variedad de comunidades de distintos contextos, para quienes una auténtica transición es esencial. Actualmente, se están explorando diversas estrategias organizativas que involucran a comunidades de diferentes orígenes, desde mineros del carbón a comunidades antiextractivistas, pasando por las poblaciones rurales a ciudadanos de toda la vida. Estas comunidades se reúnen en debates compartidos sobre los cambios políticos y sociales más amplios y las nuevas políticas necesarias para liderar la transición energética.

---

<sup>1</sup> <https://www.facebook.com/AccionEcologicaEc/videos/di%C3%A1logos-ecologistas-resignificar-la-transici%C3%B3n-para-la-defensa-de-los-pueblos-y/3326282140952060/>.

## I

El actual sistema fósil de pozos petrolíferos, oleoductos, minas de carbón, cables, torres de alta tensión, junto con la organización social colonial que los acompaña, es un accidente temporal, según Tatiana Roa Avendaño, de Censat Agua Viva en Colombia, llama “una excepción en la historia de la humanidad.” Los combustibles fósiles, explica Roa, son inusuales en muchos sentidos. Tienen una densidad energética insólita. Son inusualmente fáciles de transportar y utilizar, en comparación con la madera, por ejemplo. Además, durante más de siglo y medio ha sido posible mantener su coste bajo despreciando la mayor parte de los daños medioambientales y sociales que causan. Sólo en virtud de estas características ha sido posible su uso actual elevado y derrochador de la energía entre los ricos. No es realista esperar que estas características se encuentren en cualquier otra fuente futura de energía. Esperar el mismo rendimiento de las llamadas energías “renovables”, por ejemplo, requeriría apropiarse de cantidades imposibles de tierra y vida. El mero intento de apropiarse de tales cantidades de tierra acarrearía injusticias sin precedentes.

De ahí que sea inevitable volver a una concepción más razonable de la energía, que reconozca que lo permanente de las relaciones entre los seres humanos y la energía son los ciclos lentos que siempre han estado entrelazados con el florecimiento de la comunidad: los alimentos que vienen de la tierra, los nutrientes del suelo, la luz del sol, la fuerza del viento y de los ríos, incluso los rayos de las tormentas. Los propios seres humanos somos energía. Nuestros cuerpos -músculos, huesos, tendones, cerebros- son los que producen el movimiento y es nuestra energía humana la que ha transformado el mundo durante milenios y seguirá haciéndolo cuando desaparezcan los combustibles fósiles. La era de los combustibles fósiles ha hecho que esta realidad sea menos evidente. A menudo miramos a nuestro alrededor y sólo vemos una energía hecha a imagen y semejanza del petróleo, el carbón y los aparatos para extraerlos y utilizarlos a muy corto plazo, en lugar de los ciclos largos que siempre han sostenido a la humanidad.

Resignificar la transición energética significa recuperar este sentido, ahora estigmatizado, de la propia energía. Significa olvidarse de intentar encontrar formas “renovables” de alimentar la misma vieja infraestructura energética del capitalismo industrial, con todos sus gasoductos, torres de alta tensión y demanda proliferante. Significa rechazar la (también se podría decir, la ilusión en lugar de fantasía) fantasía de que pasar de la energía fósil a la energía no fósil resolverá por sí sola la crisis climática o las crisis del colonialismo.

El caso del hidrógeno ofrece una importante ilustración. Como señala Gabriela Cabaña, antropóloga social, investigadora de las políticas energéticas y fundadora del Centro de Análisis Socioambiental (CASA) en Chile, ya que ha sido durante mucho tiempo un vector energético clave en sectores difíciles de electrificar, por ejemplo el refinado de petróleo y la producción de acero y fertilizantes. A primera vista, parece un combustible respetuoso con el clima porque no produce gases de efecto invernadero en el punto de combustión. El problema es que hoy en día la mayor parte del hidrógeno se fabrica mediante un proceso que utiliza muchos combustibles fósiles, los cuales sí producen gases de efecto invernadero. La solución propuesta por la política ambiental del Norte es producir hidrógeno por hidrólisis utilizando electricidad producida en parques eólicos y solares, lo que lo haría “cero emisiones” en el ciclo completo. Sin embargo, para que ese “hidrógeno verde” tenga un precio competitivo, debe producirse a gran escala con grandes inversiones. Entonces, ¿Dónde se pueden encontrar terrenos suficientemente baratos para ello? En lugares como Chile, donde el acaparamiento de terrenos solares y eólicos ya está creando muchos conflictos. El hidrógeno tiene también muchísimos problemas y desafíos técnicos en su almacenamiento y transporte, que no

tienen una solución clara en el horizonte.

La fiebre por hacer despegar el hidrógeno verde ya está teniendo impactos concretos a nivel de los países que se convertirían en exportadores para el Norte Global. Por ejemplo, en Chile se está instalando capacidad de generación solar en lugares que ya sufren un elevado estrés ecológico y que están siendo tratados como zonas de sacrificio para la economía industrial. El nuevo negocio del hidrógeno no beneficiará a las comunidades afectadas ni abordará los problemas de la pobreza energética. Al contrario, al igual que la agroindustria del país, se centrará en la exportación. Los planes actuales prevén la construcción de 300 gigavatios de infraestructura de “energía renovable” para la producción de hidrógeno en el país en 2050, frente a los 16 gigavatios actuales. La mayor parte del hidrógeno se enviará entonces a Europa en buques alimentados por combustibles fósiles para alimentar viejas industrias de la era fósil y sistemas de transporte que ahora quieren parecer “verdes”, mientras que los costes ambientales y sociales serán soportados en su mayor parte por Chile.

El mismo patrón se repite en el desierto de Atacama, donde se extrae litio en una escala cada vez mayor para producir baterías de iones de litio necesarias para que los coches eléctricos europeos supuestamente “respetuosos con el clima.” El desarrollo de parques de energía eólica a gran escala que se están llevando a cabo ahora también dependen a menudo de la extracción continua de minerales, combustibles fósiles y otras materias primas en el Sur y en zonas periféricas del mismo Norte. Además, generan muchos residuos y tienen una vida útil corta. En varios lugares, la creciente dependencia de la electricidad para coches y otros aparatos que aparecen como “limpios y verdes” en el Norte y partes del Sur urbano, está ampliando las zonas sucias de sacrificio en otros lugares. En América Latina, donde la apropiación de la tierra y de la vida se acelera en nombre de la reducción de las emisiones de dióxido de carbono, la democratización y el control comunitario de la energía sencillamente no figuran en la agenda oficial de la transición. En resumen, la supuesta “transición energética” en Europa no parece en absoluto una transición para muchas personas del América Latina, lo que limita la posibilidad misma de una transición energética significativa en el Sur.

Pero si el simple cambio de fuentes de energía no puede conducir a una verdadera transición, el recurso de los tan anunciados nuevos programas de “eficiencia” facilitados por las tecnologías digitales tampoco pueden hacerlo. Como señala Verónica Villa, etnóloga que trabaja en México con el Grupo ETC, las formas avanzadas de control, procesamiento de datos, almacenamiento de datos, inteligencia artificial y gobernanza que permiten las nuevas tecnologías informáticas dependen de una vasta infraestructura física de servidores, centros de datos, satélites, antenas, equipos 5G, líneas de transmisión eléctrica, extracción de combustibles fósiles, metales y tierras raras, etc., por no mencionar los cables submarinos que trazan las antiguas rutas del comercio de esclavos. Los datos necesarios para hacer funcionar estos enormes sistemas físicos son big data procedentes de todas partes, no solo pequeñas cantidades de información legible por ordenador proveniente de fuentes únicas. A la inversa, las únicas máquinas capaces de crear, recopilar y buscar patrones en estos grandes datos son enormes redes físicas ávidas de recursos. Los big data y las grandes redes informáticas requieren para funcionar una gran cantidad de energía. Las máquinas que supuestamente aumentan la eficiencia en realidad están incrementando el uso de energía, no reduciéndolo. En 2017 se estimó que para 2025 los nuevos procesos de creación de datos, manipulación e intercambio de información entre personas y máquinas, y entre las propias máquinas, consumirían una quinta parte de la electricidad mundial.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup>Andrae, Anders, 2017/10/05, Total Consumer Power Consumption Forecast, disponible en [https://www.researchgate.net/publication/320225452\\_Total\\_Consumer\\_Power\\_Consumption\\_Forecast](https://www.researchgate.net/publication/320225452_Total_Consumer_Power_Consumption_Forecast).

Tomemos el ejemplo de la agricultura digital. Esta requiere una inmensa cantidad de datos procedentes de una gran cantidad de parcelas y animales, incluyendo información sobre humedad, microbios, clima, plagas, etcétera. Se necesitan datos para construir imágenes hiperespectrales, para conocer información de mercados y fuentes de semillas y productos químicos. Sólo a través de una enorme infraestructura de sensores y procesadores que provea grandes datos, podrán las máquinas de inteligencia artificial (IA) dentro de los nuevos tractores o los nuevos drones o las nuevas tabletas electrónicas empezar a tomar sus decisiones sobre qué cultivar dónde y cómo regar la tierra y aplicarle productos químicos. La agricultura digitalizada se une con redes de transporte y entrega de alimentos y de compra en línea basadas en IA, así como los “contratos inteligentes” entre compradores y vendedores basados en blockchain. Estos eslabones adicionales de la cadena alimentaria digitalizada requieren aún más redes de sensores, centros de datos, fuentes de electricidad y líneas de transmisión. Sin embargo, recopilar datos en tiempo real sobre los cultivos de maíz solo en Estados Unidos requeriría la misma cantidad de energía que un país como Senegal. Por lo tanto, ¿Dónde se puede encontrar algún rastro de una “transición energética” creíble en tales desarrollos? Esto parece representar todo lo contrario, ya que pretende utilizar las nuevas herramientas digitales para aumentar la eficacia energética de un sistema agrícola estructurado en torno a los combustibles fósiles requiere, paradójicamente, la expansión de ese mismo sistema.

Además, este tipo de “transición” socava activamente las fuentes de las transiciones alternativas que el planeta realmente necesita. Después de todo, las corporaciones de la vieja guardia de la agroindustria, las grandes corporaciones de semillas y pesticidas, con Bayer Monsanto a la cabeza; corporaciones de maquinaria como John Deere; y corporaciones de fertilizantes como Yara. Luego están las farmacéuticas veterinarias; las empresas de carne y proteínas alternativas, como JBS y Tyson; las de materias primas agrícolas, como Cargill; los minoristas, como Walmart; los procesadores de alimentos, como Nestlé o PepsiCo; y los recién llegados al reparto de comida, como UberEats o Deliveroo son las más interesadas en la agricultura digital. Estas empresas se apresuran más rápidamente hacia la digitalización de la cadena alimentaria en compañía de los titanes de los datos: Google, Amazon, Facebook, Apple, Microsoft, Baidu, Alibaba, Tencent y Xiaomi. No hay que olvidar, por último, los fondos de inversión, como BlackRock, Vanguard y State Street, que siempre tratan de encontrar destinos rentables para las enormes reservas de efectivo que gestionan para sus ricos inversores. En la actualidad, estas empresas de Wall Street están mostrando un gran interés en invertir en toda la gama de la remodelación digital de la producción y circulación de alimentos, desde las semillas, la tierra y los combustibles fósiles hasta el transporte de alimentos, la entrega a los supermercados y la manipulación digital de los consumidores a través de la publicidad dirigida individualmente.<sup>3</sup>

Ni que decir tiene que las infraestructuras digitales más avanzadas de hoy en día son, por su naturaleza, mucho más adecuadas para ayudar a estos grandes intereses empresariales a obtener beneficios que para fomentar la soberanía tecnológica o cualquier otro tipo de soberanía a nivel comunitario o incluso regional. Estas redes digitales requieren herramientas, conocimientos, derechos legales y cantidades de energía que están sencillamente fuera del alcance de la mayoría de las comunidades que luchan por una mayor autonomía. Incluso los datos que procesan son demasiado grandes para que una sola comunidad pueda tener el control sobre ellos. Estos días, algunos activistas preocupados por la expansión de las tecnologías digitales controladas por las empresas instan a la gente corriente a intentar “tomar el control de sus datos.” Pero dada la

---

<sup>3</sup>Información detallada y con fuentes puede encontrarse en Grupo ETC, 2022, Los Barones de la Alimentación 2022. Lucro con las crisis, digitalización y nuevo poder corporativo, en [https://www.etcgroup.org/files/files/barones\\_de\\_la\\_alimentacion-resumen-web.pdf](https://www.etcgroup.org/files/files/barones_de_la_alimentacion-resumen-web.pdf).

naturaleza corporativa de las infraestructuras de datos en cuestión, y de los propios datos, eso no es tan fácil.

Una importante desconexión entre las necesidades de la comunidad y las nuevas tecnologías digitales tiene que ver con la velocidad. ¿Quiénes son los verdaderos beneficiarios de las velocidades crecientes a las que las nuevas máquinas recogen, computan y comunican datos? ¿De qué velocidad estamos hablando? La alta velocidad es una gran ventaja para las empresas que necesitan calcular exactamente la cantidad de pesticida que deben aplicar a cada una de los millones de parcelas agrícolas individuales, para competir a nivel mundial en la distribución y el almacenamiento, o para personalizar la publicidad para cada uno de los miles de millones de consumidores individuales. También es una gran ventaja para los Estados que intentan cotejar y procesar la información necesaria para vigilar a cada uno de los millones de ciudadanos individuales. Pero, como señala Villa, el hambre no se va a atajar con una recopilación de datos más rápida, transferencias electrónicas más ágiles y una explotación más eficiente de la tierra para producir el máximo número de calorías. Por el contrario, sólo puede abordarse mediante, por ejemplo, la soberanía alimentaria, los derechos comunales sobre la tierra, el respeto a la experiencia adquirida gradualmente por los pequeños agricultores y los movimientos para combatir la especulación de los precios, la falta de mercados para los pequeños productores, la pobreza campesina y el control de la agroindustria sobre el cultivo, la distribución y la calidad de los alimentos. Los alimentos más sanos y democráticamente distribuidos del mundo siempre han procedido de pequeñas granjas, huertos, parcelas y jardines donde la “eficiencia” mecanizada y la alta velocidad y rápida circulación de mercancías no son los principios dominantes. Una capa añadida de mecanización digital centralizada -y el mayor uso de energía que conlleva- no es lo que se necesita para la transición energética que ese mundo requiere. Para la mayoría de los agricultores familiares que actualmente alimentan a la mayor parte del mundo, no es una prioridad mecanizar sus parcelas electrónicamente a través de drones, robots, cables submarinos, satélites en órbita, aprendizaje automático, centros de datos que consumen mucha energía, blockchain y redes 5G superrápidas. Lo que es más importante es, entre otras cosas, conseguir el poder político suficiente para impedir el acaparamiento de tierras y la extracción y el uso acelerados de metales, tierras raras, hidrocarburos y energía hidroeléctrica que sustentan esa misma revolución digital. Incluso los productos digitales de consumo utilizados en los hogares individuales, como Alexa, Siri o los contadores de electricidad “inteligentes,” están diseñados en gran parte para recopilar datos para que las máquinas de inteligencia artificial corporativas centralizadas hagan su trabajo, no para defender los ritmos lentos de la vida comunitaria saludable. Cuando el lento pensamiento colectivo es más importante que la rápida computación, es poco probable que las nuevas herramientas digitales ayuden a proporcionar un camino hacia la soberanía comunitaria.

## II

El trabajo de activistas latinoamericanos como Roa-Avenidaño, Cabaña y Villa muestra por qué las “soluciones,” como los proyectos corporativos de energías renovables a gran escala o las nuevas tecnologías de la información, en muchos sentidos no hacen más que reforzar las crisis energética y climática que pretenden abordar. Su trabajo nos invita a redefinir lo que entendemos por “transición energética” para tener más en cuenta el colonialismo, el extractivismo, la explotación, el significado de la tierra y el territorio y la historia de la infraestructura de los combustibles fósiles. Sugiere que, en lugar de limitarse a sustituir una fuente de energía inviable por otra o a desplegar nuevas máquinas para que las antiguas sean más “eficientes,” la transición implica lo que Roa denomina un “cambio social y cultural” más amplio. Como subraya Cabaña, la transición tiene que ver con el poder, la soberanía y una “transformación total de nuestras sociedades, una transformación de nuestras relaciones que es infraestructural y, por tanto, también política.” Se trata de “reconstruir

nuestras comunidades y pensar en formas de vida que no dependan de la destrucción del planeta.” Cabaña añade que

“A veces utilizamos la palabra ‘transición’ porque es sencilla de entender, pero creo que siempre es importante apuntar al contexto antropológico más amplio de la civilización y la justicia para que no nos quedemos con esas soluciones que suenan bien pero que traen más injusticia.”

Para ello es necesario, por ejemplo, ir más allá de las preguntas habituales sobre la transición energética, como “¿Cómo podemos luchar contra el extractivismo y, al mismo tiempo, hacer frente a una demanda mundial de energía de 80 gigajulios por persona para una población mundial de 7.800 millones de personas?” En lugar de dar por sentado el nivel y la estructura de la demanda energética mundial a la que se refiere la pregunta, las participantes del encuentro coincidieron en que es más útil tratarla como el “resultado de una arquitectura específica, de una organización política y económica concreta” que puede cambiarse. Como señalan Cabaña y Roa, “es muy posible satisfacer las necesidades de todas las personas con una huella energética significativamente menor,” sobre todo si se reduce el consumo de energía y se da mayor prioridad a las necesidades públicas básicas que al uso de energía de lujo. La alternativa -mantener constante la demanda energética global agregada creada durante la era de los combustibles fósiles e intentar satisfacerla con electricidad derivada de parques eólicos y solares- no hace más que “abrir nuevas fronteras al extractivismo.” El concepto abstracto de “demanda energética,” añade Villa, necesita siempre ser desglosado para que los ciudadanos tengan derecho a plantearse cuestiones concretas sobre para qué se va a utilizar la energía en cuestión, y por quién. Las cifras abstractas de demanda energética, observa Roa, ocultan los mil millones de personas que no tienen acceso a la electricidad. También ocultan las razones por las que esas personas han sido expulsadas o empobrecidas por el actual sistema energético, tanto en el campo como en las ciudades. En Colombia, por ejemplo, muchas familias están conectadas a la red eléctrica pero no pueden utilizar la electricidad porque no pueden pagarla. En este sentido, sugiere Cabaña, puede ser útil pensar la política energética menos en términos de eficiencia, y más con un foco en la suficiencia. Es decir: en lugar de preguntarnos cómo satisfacer eficientemente una demanda cada vez mayor, ¿qué pasaría si nos preguntáramos cuánto necesitamos? La eficiencia sin suficiencia “no reduce el impacto a largo plazo, porque se crean efectos rebote que hacen que aumente el estrés sobre los ecosistemas, por muy eficientes que lleguemos a ser. Si no regulamos hacia una menor demanda futura, no podremos salir del círculo vicioso en el que estamos.”

¿De qué otras formas podríamos “repolitizar el lenguaje para hablar de energía”? ¿Cómo podemos entender mejor la transición como un cambio cultural y hacer realidad ese cambio? Y lo que es más importante, ¿de qué manera se está llevando ya a cabo sobre el terreno el proceso de resignificación de la transición energética?

Las participantes en el debate de septiembre coincidieron en que las perspectivas de un cambio radical van de la mano de los esfuerzos por implicar y conectar a comunidades con orígenes y situaciones muy diversas en debates compartidos sobre el futuro. Al fin y al cabo, como subraya Villa, “todo el mundo sufre los fallos del sistema de beneficios en el que vivimos, de una forma u otra.” Para ello es importante que los movimientos que incluyan tanto a trabajadores del sector minero-energético como a comunidades antiextractivistas, tanto a ciudadanos de toda la vida como a poblaciones rurales. En México, por ejemplo, donde tantos niños padecen obesidad, hepatitis, diabetes y síndromes metabólicos, algunos movimientos urbanos y rurales podrían empezar indagando en los orígenes de su mala salud y así ampliar su análisis también al resto de su situación.

En Colombia, como explica Roa Avendaño, Censat Agua Viva y el Movimiento Nacional Ríos Vivos han insistido en que el debate sobre la transición energética debe hacerse entre espacios amplios incluyendo a los trabajadores de la minería y la energía. En este país, los movimientos sociales tienen un historial de “articulaciones multisectoriales en la lucha contra el extractivismo” que han implicado esfuerzos por conectar a grupos indígenas, afro y campesinos tanto con organizaciones ecologistas como con trabajadores de los sectores del petróleo, el carbón y la electricidad. En estas articulaciones, siempre ha estado presente la tensión sobre qué hacer con proyectos extractivos. Debe entenderse que el objetivo de la discusión no es presionar por el cierre inmediato de los proyectos mineros o energéticos, sino atreverse a pensar más ampliamente en la transformación de un sistema energético que ha generado tantos conflictos entre las comunidades.

¿Qué preocupaciones comparten los distintos grupos y cómo puede avanzar el debate?

Para muchos, está claro que en la actualidad no existe una transición energética, sino sólo, en palabras de Roa-Avendaño, una expansión energética. Pero en Colombia hay al menos el comienzo de un amplio debate sobre la cuestión fundamental de la transición como cambio social y cultural radical. Se discute la necesidad de repensar no sólo el sistema energético sino todo lo que hace parte de nuestra sociedad: cómo nos alimentamos, cómo nos movemos, cómo se construyen y configuran las ciudades, cómo se diseñan y construyen los edificios, cuánta energía se desperdicia, y por qué tenemos que dejar de pensar sólo en nuevas fuentes de energía que ya sabemos que son incapaces de llenar el lugar que hoy ocupa el petróleo en nuestra sociedad. También desde México, Villa destacó la importancia de tratar, por ejemplo, el agua, el hidrógeno verde, la agricultura digital y temas que se ha tratado en diálogos anteriores teniendo siempre presente el carácter integral de las crisis.

Considerar la cuestión de la transición de forma integrada implica recuperar la perspectiva histórica. Cabaña recuerda que las justificaciones que se están utilizando en la actual época de crisis climática y transiciones energéticas para sacrificar unos territorios para sostener la vida en otros son las mismas que se vienen utilizando desde hace al menos cinco siglos. “Muchas personas que sólo hoy empiezan a preocuparse por los impactos presentes o futuros de la crisis climática son precisamente aquellas que no se han visto afectadas por anteriores oleadas de devastación ecológica causadas por la expansión del capitalismo”. Como resultado, a menudo ignoran esta continuidad histórica. Por eso, es importante “volver siempre a las comunidades que llevan siglos resistiendo el avance del colonialismo y las fronteras de la expansión” y fomentar el diálogo entre ellas y otras comunidades. De hecho, en América Latina ya existe una gran sensibilidad, incluso en las ciudades, hacia esta historia. La gente entiende, por ejemplo, que la energía de las presas hidroeléctricas no ha sido diseñada para llegar a las comunidades que viven cerca o que han sido desplazadas. Entienden que afrontar la emergencia climática sin tener en cuenta los demás impactos de cualquier acción que emprendamos es inaceptable porque no hace más que reproducir esta lógica de sacrificio. Lo que se necesita es un enfoque político capaz de “tejer la solidaridad entre el Sur global y el Norte que nos permita mantener una conversación honesta”.

Moderando el debate de septiembre desde el otro lado del mundo, en Tailandia, Larry Lohmann señala un ejemplo del sudeste asiático de conflictos en torno a las “transiciones”. Como suele ocurrir en América Latina, en Tailandia el gobierno (actualmente un régimen militar) tiende a apoyar falsas soluciones a la crisis climática. Consciente del discurso de Naciones Unidas, promueve una “transición energética” que no cuestiona el dominio de los combustibles fósiles. En cambio, aboga por utilizar los bosques tailandeses como esponjas para absorber el carbono producido por esos combustibles fósiles. También promueve la apropiación de tierras para la energía solar. Sin embargo, una comunidad indígena Karen del norte del país trabaja por un futuro diferente. Esta comunidad intenta mantener su sistema de agricultura rotativa, que tradicionalmente consiste en plantar arroz de secano en las laderas de las montañas. Este sistema depende de un

sentido particular de la tierra como propiedad comunal, no individual. Eso garantiza que la gente no vea ninguna parcela concreta como una fuente de beneficios privados. El sistema también depende de un régimen de incendios característico, o lo que a menudo se denomina prejuiciosamente “roza y quema.” Los campos de cultivo potenciales deben prepararse de antemano quemándolos a una determinada hora “seca” del día, entre las 12.00 y las 14.00 horas, para garantizar que se elimine el máximo número de malas hierbas de la tierra. De lo contrario, los agricultores tienen que comprar herbicidas para preparar la tierra, además de abono químico para el arroz.

Hoy en día, sin embargo, sobrevuela regularmente Tailandia un satélite que vigila los focos de calor forestal para el Estado. Cuando el satélite detecta un “punto caliente,” las autoridades suelen correr a la zona para impedir que se emita dióxido de carbono a la atmósfera, y también para controlar las partículas de los incendios forestales que afectan a los habitantes de Chiang Mai y otras ciudades. A menudo se acusa a la población local de dañar el clima, o incluso se la detiene. Desgraciadamente, el satélite tailandés pasa sobre el país precisamente entre las 12.00 y las 14.00 horas, el momento en que la comunidad local Karen necesita hacer un uso sostenible del fuego biótico si quiere evitar la dependencia de los agroquímicos de origen fósil. Ni que decir tiene que el satélite no vigila los “puntos calientes” de las ciudades, donde se queman al mismo tiempo grandes cantidades de combustibles fósiles de forma insostenible. El resultado es inhabilitar precisamente a las comunidades y prácticas que albergan algunas de las mejores esperanzas para preservar los bosques y propiciar una auténtica “transición.” Dado que derribar el satélite no es una opción, la comunidad tiene que trabajar constantemente para reeducar a fracciones potencialmente simpatizantes del aparato estatal sobre el valor ecológico de su agricultura tradicional.

Es notable que los miembros de esta comunidad Karen no utilicen habitualmente las palabras “energía” o “transición energética,” pero sí utilizan palabras que significan soberanía. Para ellos, la clave de su futuro ecológico es defender la cultura y la identidad de su comunidad, incluidos los arreglos para el fuego relacionados con el cultivo rotativo del arroz de montaña y con el respeto a la tierra, los bosques, los animales y las relaciones complementarias con el entorno local y otras comunidades.

Lohmann cree que es importante estar abierto a interpretar estas visiones como parte de una “transición energética” alternativa que puede contrastarse con la versión oficial de Tailandia, que presenta satélites hambrientos de energía, redes digitales, carbono forestal que “compensa” el uso de combustibles fósiles, vastos parques solares y un sesgo de clase media urbana extrema. Es decir, la visión de esta comunidad podría verse como una forma sudasiática de resignificar la “transición energética” que implica una forma completamente distinta de ver la energía, el dióxido de carbono y la agricultura por igual. Como sugiere Villa, estos ejemplos concretos de las comunidades de base son cruciales para crear el sustento o fundamento necesario para el diálogo y la conexión entre los distintos grupos de interés.

Para ver la serie completa, consulte este enlace:

<https://www.accionecologica.org/wp-content/uploads/PROGRAMA-DIALOGOS-ECOLOGISTAS-web.pdf>.